

que promoviese Pablo, podían colocarse á una distancia incommensurable; finalmente, la madre tenía sobre su futuro yerno un ascendiente insuperable.

—Siendo eso así—dijo Solonet—¿cuáles son las concesiones que quiere usted hacerle?

—Las menos posibles—contestó la española riéndose.

—Respuesta de mujer—exclamó Solonet.—Señora, ¿tiene usted interés en casar á la señorita Natalia?

—Sí.

—Y, como es natural, ¿querrá usted obtener antes el recibí del millón ciento cincuenta y seis mil francos de que es deudora, según las cuentas de tutela que tiene usted que presentar al susodicho yerno?

—Sí.

—¿Cuánto quiere usted conservar?

—Lo menos treinta mil francos de renta—respondió la viuda.

—¿Es preciso vencer ó perecer?

—Sí.

—Pues bien, voy á reflexionar sobre los medios necesarios para conseguir nuestro objeto, porque es preciso mucha astucia y ordenar bien nuestras fuerzas. Cuando vuelva daré á usted algunas instrucciones; ejecútelas puntualmente, y casi puedo predecirle un éxito completo. Entre paréntesis: ¿ama el conde Pablo á la señorita Natalia?—preguntó el notario al mismo tiempo que se levantaba.

—La adora.

—Eso no es bastante. ¿La desea como mujer hasta el punto de pasar por encima de algunas dificultades pecuniarías?

—Sí.

—Basta; pues eso es lo que yo considero como un gran haber en los bienes de una soltera—exclamó el notario.—Hágala poner muy hermosa está tarde—añadió con astucia.

—Precisamente tiene hoy preparado el vestido más hermoso del mundo.

—El traje del contrato equivale, para mí, á la mitad de las donaciones—dijo Solonet.

Este último argumento pareció tan necesario á la señora Evangelista, que quiso asistir al tocado de Natalia, tanto para vigilarla como para convertirla en inocente cómplice de aquella conspiración económica. Peinada á la Sevigné, ves-

tida con un traje de tul blanco con pintas color de rosa, su hija le pareció tan hermosa, que presintió la victoria. Cuando la camarera salió y la señora Evangelista estuvo segura de que nadie podía oír, arregló algunos bucles de la cabellera de su hija á modo de exordio, y le dijo con voz firme en apariencia:

—Querida hija, ¿amas sinceramente al señor de Manerville?

La madre y la hija se dirigieron una mutua y extraña mirada.

—Madre mía, ¿por qué me hace usted esa pregunta hoy? ¿Por qué me ha consentido usted frecuentarlo?

—Si fuera preciso dejarlo para siempre, ¿persistirías en ese matrimonio?

—No, renunciaría á él y moriría de pesar.

—Hija mía, por fortuna no amas,—dijo la madre besando á su hija en la frente.

—Pero mamá, ¿por qué escudriña usted de ese modo mis sentimientos?

—Quería saber si estabas más interesada por casarte que por amor de tu marido.

—Le amo.

—Tienes razón, es conde, y muy pronto haremos de él un par de Francia; pero van á presentarse dificultades.

—¿Dificultades entre dos seres que se aman? No. Pablo, querida madre, tiene demasiado corazón—dijo Natalia señalando al suyo con un gesto gracioso—para hacer la más mínima objeción. Estoy segura de ello.

—¿Y si no ocurriese como crees?—preguntó la señora Evangelista.

—Le olvidaría por completo—respondió Natalia.

—Muy bien. Eres una verdadera Casa-Real. Pero, aunque te ame como un loco, si sobreviniesen discusiones á las que él fuese ajeno, y por encima de las cuales fuese muy conveniente, lo mismo para ti que para mí, que pasase, ¿qué me dices, Natalia? ¿Si, sin abandonar las conveniencias, logras decidirlo con un poco de coquetería en tus modales? Vamos, ¿un nada, una palabra? No olvides que los hombres son de ese modo, y que, si resisten á una discusión seria, se dejan vencer con una mirada.

—¡Comprendo! un pequeño latigazo para que Favorita salte la barrera—dijo Natalia haciendo ademán de que daba un latigazo á su caballo.

—Angel mío, no te pido nada que pueda lastimar tu reputación. Nosotras tenemos que guardar nuestro antiguo honor castellano que no nos permite traspasar ciertos límites. El conde Pablo conocerá mi situación.

—¿Qué situación?

—Voy á explicarme, porque, de otro modo, no comprenderías nada. Si, después de saberlo todo, su mirada dejase traslucir la menor duda y yo lo observase, al instante lo rompería todo, y sabría liquidar mi fortuna, marchar de Burdeos é ir á Douai á casa de los Claes, los cuales son parientes nuestros por su alianza con los Temninck; después te casaría con un par de Francia, aunque para ello hubiese de refugiarme en un convento á fin de cederte toda mi fortuna.

—Madre mía, ¿qué hay que hacer para impedir tales desgracias?—dijo Natalia.

—Jamás te he visto tan hermosa, hija mía. Muéstrate un poco coqueta, y todo irá bien.

La señora Evangelista dejó á Natalia pensativa, y marchó á hacerse un tocado que podía competir con el de su hija. Si Natalia tenía que mostrarse encantadora para Pablo, ¿no debía ella inflamar también á Solonet, su campeón? La madre y la hija estaban ya arregladas cuando Pablo fué á llevar el ramillete que, desde hacía algunos meses, acostumbraba á regalar todos los días á Natalia. Mientras llegaban los dos notarios, sostuvieron una animada conversación.

En este día tuvo lugar para Pablo la primera escaramuza de esa larga y peligrosa guerra llamada el matrimonio. Es, pues, necesario enumerar las fuerzas de cada bando, la posición de los cuerpos beligerantes y el terreno en que tenían que maniobrar. Para sostener una lucha cuya importancia desconocía por completo, Pablo tenía por todo defensor á su anciano notario, á Matías. Uno y otro iban á ser sorprendidos sin defensa por un acontecimiento inesperado, atacados por un enemigo cuyo plan estaba formado, y obligados á tomar un partido sin tener tiempo para reflexionarlo. Aunque hubiese estado ayudado por Cujas (1) en persona, ¿qué hombre no hubiese sucumbido? ¿Cómo creer que existe perfidia allí donde todo parece franco y natural? ¿Qué podía

(1) Jacobo Cujas, célebre jurista nacido en Tolosa en 1520, fué el comentarista más hábil del derecho romano.—(N. del T.)

hacer Matías solo contra la señora Evangelista, contra Solonet y contra Natalia, sobre todo al ver que su enamorado cliente se pasaría al enemigo tan pronto como las dificultades amenazasen su dicha? Pablo se daba á sí propio la estocada declamando las galantes frases propias de un amante, frases que, dado su apasionamiento, tenían en este momento un valor enorme á los ojos de la señora Evangelista, que hacía lo posible para comprometerle.

Los *condottieri* matrimoniales que iban á batirse por sus clientes y cuyas fuerzas personales iban á ser tan decisivas en este solemne encuentro, los dos notarios, representaban las costumbres antiguas y las nuevas, el notariado antiguo y el moderno.

Maese Matías era un honrado anciano de sesenta y nueve años, que se vanagloriaba con los veinte años que llevaba ejerciendo su profesión. Sus gordos pies de gotoso iban calzados con unos zapatos adornados con hebillas de plata, y terminaban ridículamente unas piernas tan delgadas y de rótulas tan salientes, que, cuando las cruzaba, cualquiera hubiese dicho que los dos huesos estaban grabados encima de las rodillas. Sus muslitos delgados, perdidos en anchos pantalones negros, parecían doblarse bajo el peso de un vientre redondo y de un busto tan desarrollado como suele ser el de todas las gentes de oficina, una gruesa masa empaquetada siempre en una levita verde que nadie recordaba haber visto nueva. Sus cabellos, bien peinados y llenos de cosmético, iban á formar una pequeña cola de ratón que se albergaba siempre entre el cuello de su levita y de su chaleco blanco con flores bordadas. Con su cabeza redonda, su rostro del color de una hoja de vid, sus ojos azules, su nariz en forma de trompa, su boca de labios gruesos y su barba encorvada, este buen hombre excitaba en todos los sitios en que aparecía sin ser conocido, esa risa generosamente reprimida por los franceses ante esas raras creaciones que se permite la naturaleza, que el arte se divierte en reproducir, y que nosotros llamamos caricaturas. Pero en maese Matías el espíritu había triunfado de la forma, las cualidades del alma habían vencido las extravagancias del cuerpo. La mayor parte de los burdeleses le daban muestras de un respeto amistoso y de una deferencia llena de estimación. La voz del notario conquistaba el corazón, y hacía vibrar en él las cuerdas de la probidad. Toda su astucia consistía en irse derecho

al grano, derribando los malos pensamientos con preguntas precisas. Su mirada rápida y penetrante y su gran práctica en los negocios, le daban ese sentido adivinatorio que permite escudriñar el fondo de las conciencias y leer sus pensamientos secretos. Aunque grave y conocedor de los negocios, este patriarca tenía la alegría de nuestros antepasados. Practicaba aún la canción de después de comer, admitía y conservaba las solemnidades de familia, celebraba los aniversarios, los santos de los ascendientes y de los descendientes, plantaba con ceremonia el árbol de Navidad, gustaba de dar sorpresas y de regalar los huevos de la Pascua, practicaba las obligaciones de padrino y no abandonaba ninguna de las costumbres que caracterizaban la vida de otros tiempos. Maese Matías era un noble y respetable despojo de aquellos notarios, grandes hombres oscuros, que no daban recibo cuando se les entregaba millones, pero que los devolvían en los mismos sacos y atados con el mismo bramante; que ejecutaban al pie de la letra los fideicomisos, redactaban fielmente los inventarios, se interesaban como segundos padres por los intereses de sus clientes, se oponían á veces á los despilfarros de los disipadores, eran los poseedores de los secretos de las familias, en fin, uno de esos notarios que se creían responsables de sus errores en las actas y las meditaban concienzudamente. En su vida notarial nunca tuvo ningún cliente que pudiese quejarse de un préstamo perdido, ó de una hipoteca mal hecha. Su fortuna, lenta, pero lealmente adquirida, era el producto de treinta años de trabajo y de economía. Había establecido á catorce pasantes suyos. Religioso y generoso de incógnito, Matías acudía á todos los sitios en que se practicaba el bien sin salario. Miembro activo del comité de hospicios y del de beneficencia, se inscribía siempre con la mayor suma en todas las imposiciones voluntarias destinadas á socorrer desgracias inesperadas ó á crear establecimientos útiles. Por eso no tenían coche ni él ni su mujer; por eso su palabra era sagrada; por eso sus arcas encerraban tantos capitales como el Banco; por eso le llamaban el *buen señor Matías*, y, cuando murió, asistieron más de tres mil personas á su entierro.

Solonet era ese joven notario que llega cantando, que afecta un aire indiferente y que pretende que los negocios se hacen lo mismo riendo que con seriedad; el notario capitán de la guardia nacional que se enfada porque lo toman por

notario, que postula la cruz de la Legión de Honor, que tiene coche y que permite á sus pasantes examinar la documentación; el notario que va al baile, á los espectáculos, que compra cuadros y juega al ecarté, que tiene una caja donde encierra los depósitos y devuelve en billetes lo que recibió en oro; el notario que marcha con su época y arriesga los capitales en préstamos dudosos, especula y quiere retirarse con treinta mil francos de renta después de diez años de notariado; el notario cuya ciencia estriba en su doblez, pero á quien muchos temen como al cómplice que posee sus secretos; finalmente, el notario que ve en su profesión el medio de casarse con una heredera noble.

Quando el raquíto y rubio Solonet, rizado, perfumado, calzado como un galán joven, vestido como un pisaverde cuyo asunto más importante es un duelo, entró precediendo á su anciano colega, que se había retardado á causa de un ataque de gota, estos dos hombres representaron al natural una de esas caricaturas tituladas AYER Y HOY, que tanto éxito tuvieron bajo el Imperio. Si la señora y la señorita Evangelista, que no conocían al *buen señor Matías*, tuvieron en un principio ganas de reír, quedaron bien pronto admiradas al ver la gracia con que las saludó. La palabra del buen hombre respiró esa amenidad que los ancianos amables saben comunicar, tanto á las ideas como á la manera con que las expresan. El joven notario de ademanes vivarachos quedó entonces muy por debajo. Matías testificó la superioridad de su saber vivir por la manera comedida con que saludó á Pablo. Sin comprometer sus cabellos blancos, respetó la nobleza en un joven, sabiendo que pertenecen también algunos honores á la ancianidad, y que todos los derechos sociales son solidarios. Al contrario, el saludo y los modales de Solonet habían sido la expresión de una igualdad perfecta que tenían que herir las pretensiones de las gentes de mundo y ridicularizarle á los ojos de las personas verdaderamente nobles. El joven notario hizo una seña bastante familiar á la señora Evangelista para invitarla á que fuese á hablar con él al alféizar de una ventana. Durante algunos instantes uno y otro se hablaron al oído, dejando escapar algunas sonrisas, sin duda para disimular la importancia de aquella conversación en que maese Solonet comunicó el plan de batalla á su soberana.

—Pero ¿tendrá usted valor para vender su palacio?—le decía el notario al terminar.

—¿Por qué no?—le contestó la viuda.

La señora Evangelista no quiso decir á su notario la razón de aquel heroísmo, por temor á que el interés de Solonet desapareciese al saber que su cliente iba á abandonar á Burdeos. Ni siquiera le había dicho nada á Pablo, á fin de no asustarle con la extensión de las circunvalaciones que exigían los primeros trabajos de una vida política.

Después de la comida, los dos plenipotenciarios dejaron á los dos amantes en compañía de su madre y se fueron al salón contiguo, destinado para la conferencia. Ocurrió, pues, una doble escena: en el rincón de la chimenea del gran salón una escena de amor en que la vida aparecía risueña y gozosa; en la otra pieza una escena grave y sombría, en la que el interés desnudo desempeñaba de antemano el papel que desempeña bajo las floridas apariencias de la vida.

—Mi querido maestro—dijo Solonet á Matías;—como conozco los derechos de la antigüedad de usted, el acta permanecerá en su estudio.

Matías saludó gravemente.

—Pero como somos la parte débil, como representamos á la hembra, he redactado el contrato para evitarle á usted el trabajo de hacerlo—repuso Solonet desplegando un proyecto de acta inútil que había hecho emborronar á uno de sus pasantes.—El casamiento se verifica bajo la base de comunidad perfecta; donación general y mutua de bienes en caso de muerte sin heredero, si no, donación de una cuarta parte en usufructo y otra cuarta parte en propiedad; la suma que entra en comunidad es la cuarta parte de los bienes de ambos cónyuges; el superviviente conservará el mobiliario sin obligación de hacer inventario. La cosa es tan sencilla como coser y cantar.

—Ta, ta, ta, ta—dijo Matías.—Yo no acostumbro á entender en negocios hechos como quien cose y quien canta. ¿Cuáles son vuestros derechos y bienes?

—Y ¿cuáles son los vuestros?—dijo Solonet.

—Nuestra dote—dijo Matías—lo constituyen la tierra de Lanstrac, que produce veinte y tres mil francos de renta en dinero, sin contar los productos en especies. *Item*, los cortijos del Grassol y del Guadel, que dan tres mil seiscientos francos de renta cada uno. *Item*, el coto de Bella-Rosa, que da diez y seis mil francos de renta al año: total, cuarenta y seis mil doscientos francos. *Item*, un palacio patrimonial en

Burdeos que paga un impuesto de novecientos francos. *Item*, una hermosa casa con patio y jardín, situada en la calle de la Pepiniere en París, y que paga un impuesto de mil quinientos francos. Estas propiedades, cuyos títulos obran en mi poder, provienen de las herencias paterna y materna, á excepción de la casa de París, que fué adquirida por nosotros. Tenemos igualmente que contar el mobiliario de nuestras dos casas y el del castillo de Lanstrac, estimados en cuatrocientos cincuenta mil francos. Esta es la mesa, el mantel y los primeros platos. ¿Qué traéis vosotros para segundos platos y para postres?

—Nuestros derechos—dijo Solonet.

—Especifíquelos usted, mi querido colega—repuso Matías.—¿Qué me traéis? ¿En dónde está el inventario hecho á la muerte del señor Evangelista? Enseñadme la liquidación, y el empleo que habéis hecho de los fondos. ¿En dónde están los capitales, si existen? ¿En dónde están las propiedades, si las hay? En una palabra, enseñadme las cuentas de la tutela y decidme lo que da ó asegura la madre.

—¿Ama el señor conde de Manerville á la señorita Evangelista?

—Si existe conveniencia mutua de intereses, piensa hacerla su mujer—dijo el anciano notario.—Pero yo no soy ningún niño; aquí se trata de negocios y no de sentimientos.

—El negocio no irá adelante si usted no se muestra generoso. He aquí por qué—repuso Solonet.—No hemos hecho inventario después de la muerte de nuestro marido, porque éramos española, criolla, y no conocíamos las leyes francesas. Por otra parte, estábamos demasiado dolorosamente afectada para pensar en esas miserables formalidades que sólo son propias de corazones fríos. Es de notoriedad pública que éramos adorada por el difunto y que lo hemos llorado enormemente. Si tenemos una liquidación precedida de una especie de inventario hecho por un renombrado consejo de vecinos, puede darse gracias al tutor, que nos ha obligado á despejar la situación y á reconocer á la hija una fortuna mediana en el momento en que nos fué preciso retirar de Londres rentas inglesas, cuyo capital era inmenso, y que queríamos volver á colocar en París, en donde doblábamos los intereses.

—No me digáis tonterías. Siempre existen medios de comprobación. ¿Qué derechos de sucesión habéis pagado á

la Hacienda? Esa cifra nos bastará para establecer las cuentas. Vayamos derechos al grano. Decidnos francamente la renta que tenáis y lo que os queda. Y si el amor fuera tan grande, ya veremos.

—Si pensáis hacer un matrimonio por interés, podéis iros á paseo. La novia tiene derecho á más de un millón; pero á la madre no le queda más que este palacio, su mobiliario y cuatrocientos y tantos mil francos empleados, en 1817, en papel del Estado al cinco por ciento, y que dan cuarenta mil francos de renta.

—¿Y cómo arrastráis un lujo que exige cien mil francos de renta?—exclamó Matías aterrado.

—Nuestra hija nos ha costado los ojos de la cara. Por otra parte, estamos acostumbrados al lujo. Finalmente, con vuestras jeremiadas no lograréis encontrar ni cinco céntimos más.

—Pero con los cincuenta mil francos de renta que pertenecían á la señorita Natalia, pudisteis educarla ricamente sin arruinarla. Si come con tanto apetito siendo soltera, va á devorar en siendo casada.

—Déjese usted de tonterías—dijo Solonet;—la muchacha más bonita del mundo tiene que comer siempre más de lo que tiene.

—Espere usted, quiero decirle dos palabras á mi cliente—repuso el notario.

—¡Anda, anda, viejo padre Casandro (1), vete á decirle á tu cliente que no tenemos un céntimo!—pensó Solonet que en medio del silencio de su oficina había dispuesto estratégicamente sus argumentos, escalonado sus proposiciones, estudiado los giros de la discusión y preparado el punto en que las partes, creyéndolo perdido todo, se encontrarían con una feliz transacción que haría triunfar á su cliente.

El vestido blanco con pintas color de rosa, los rizos á la Sevigné, el piececito de Natalia, sus ardientes miradas, su bonita mano, ocupada sin cesar en arreglar el desorden de bucles que no se deshacían, todo este manejo de aquella joven que daba paseítos como un pavo real al sol, habían llevado á Pablo al punto en que le quería ver su futura suegra; estaba ebrio de deseos, y deseaba á su pretendida como

(1) Casandro es el nombre de un personaje muy frecuente en el teatro italiano y que personifica siempre á los ancianos ridículos.—(N. del T.)

un estudiante desea á su primera novia; sus miradas, que son el termómetro del alma, anunciaban ese grado de pasión en que los hombres hacen mil locuras.

—Es tan hermosa Natalia—dijo Pablo al oído de su suegra—que concibo ese frenesí que nos lleva á veces á pagar un placer con la muerte.

La señora Evangelista le respondió meneando la cabeza:

—¡Palabras de enamorado! Mi marido no me decía tan bellas frases; pero se casó conmigo sin tener yo fortuna, y en trece años no me dió nunca un disgusto.

—¿Quiere usted darme con eso una lección?—dijo Pablo riéndose.

—Ya sabe usted lo mucho que le quiero, hijo mío—contestó estrechándole la mano.—Pero, para darle á Natalia, ¿no es preciso que yo ame á usted mucho?

—¡Darme! ¡darme!—dijo la joven riéndose y agitando un abanico de chimenea hecho con plumas de pavo real.—¿Qué decía usted en voz baja?

—Decía—repuso Pablo—lo mucho que amo á usted, ya que las conveniencias me prohíben expresarle mis deseos.

—¿Por qué?

—Temo.

—¡Oh! tiene usted demasiado talento para no saber adular. ¿Quiere usted que le diga la opinión que me merece?... Pues bien, creo que tiene usted más talento del que debe tener un hombre enamorado. Ser la flor de la elegancia y permanecer en actitud platónica es tener demasiado talento—dijo bajando los ojos. Yo también temo.

—¿Qué?

—No hablemos de ello. ¿No le parece á usted, mamá, que esta conversación es peligrosa, cuando no está aún firmado nuestro contrato matrimonial?

—En seguida lo va á estar—dijo Pablo.

—Mucho quisiera saber lo que se dicen ahora Aquiles y Nestor—dijo Natalia indicando con una mirada de infantil curiosidad la puerta del saloncito.

—Hablan de nuestros hijos, de nuestra muerte y de no sé cuántas más frivolidades semejantes; cuentan nuestros escudos para decirnos si podremos seguir teniendo siempre cinco caballos en la cuadra. Se ocupan también de donaciones; pero sobre este punto ya les he prevenido.

—¿Cómo?—dijo Natalia.

—¿No me he dado yo á usted por completo?—dijo Pablo mirando á la joven, cuya belleza aumentó cuando el placer que le causó esta respuesta coloreó su rostro.

—Madre mía, ¿cómo podré yo pagar tanta generosidad?

—Hija querida, ¿no tienes toda una vida delante para responder? Saber hacer la dicha de un hombre, ¿no equivale á llevar inagotables tesoros? En eso consistía todo mi dote.

—¿Le gusta á usted Lanstrac?—dijo Pablo á Natalia.

—¿Cómo quiere que no me guste una cosa que pertenece á usted?—le contestó.—También deseo vivamente ver su casa.

—Nuestra casa—dijo Pablo.—¿Quiere usted saber si he previsto bien sus gustos y si estará usted allí cómodamente? Su señora madre de usted ha hecho difícil la obra de un marido, ¡ha sido usted siempre tan feliz! pero cuando el amor es infinito, nada hay imposible para él.

—Queridos hijos—dijo la señora Evangelista—¿podréis permanecer en Burdeos durante los primeros días de vuestra boda? Si os sentís con valor para afrontar el muído que os conoce, os espía y os molesta, corriente. Pero si experimentáis ambos ese pudor que oprime el alma y no la deja expansionarse, iremos á París, donde la vida de los novios se pierde en el torrente. Allí únicamente podréis hacer vida de amantes sin temor al ridículo.

—Tiene usted razón, madre mía, no había pensado en ello. Pero apenas quedará tiempo para preparar mi casa. Esta misma noche escribiré á de Marsay, el único amigo con quien puedo contar, para que dé prisa á los obreros.

En el momento en que, como ocurre á todos los jóvenes acostumbrados á satisfacer sus placeres sin calcular nada, Pablo se empeñaba inconsideradamente en los gastos de una permanencia en París, maese Matías entró en el salón é hizo seña á su cliente de que deseaba hablarle.

—¿Qué hay, amigo mío?—dijo Pablo dejándose llevar al alféizar de una ventana.

—Señor conde, no tiene ni un céntimo de dote—dijo el buen hombre.—Mi opinión es que se aplace la conferencia para otro día, á fin de que pueda usted tomar un partido conveniente.

—Don Pablo—dijo Natalia—yo también deseo decir á usted una palabra en secreto.

Aun que la actitud de la señora Evangelista fuese tranquila,

jamás judío alguno de la Edad media sufrió en la caldera llena de aceite hirviendo el martirio que sufrió ella bajo su traje de terciopelo color violeta. Solonet le había garantizado la celebración del matrimonio, pero ella ignoraba los medios, las condiciones del éxito, y sufría la horrible angustia de las alternativas. El triunfo fué debido sin duda á la desobediencia de su hija. Natalia había comentado las palabras de su madre, cuya inquietud era visible para ella. Cuando vió el éxito de su coquetería, se sintió atacada en el corazón por mil pensamientos contradictorios. Sin vituperar á su madre, estaba medio avergonzada de aquel manejo, cuyo premio debía de ser alguna ganancia de intereses materiales. Además, se vió atacada por una celosa curiosidad muy propia del momento. Quiso saber si Pablo le amaba bastante para sobreponerse á las dificultades previstas por su madre y que la cara un poco triste de maese Matías le denunciaba. Estos sentimientos produjeron en ella un acto de lealtad que la dignificaba. La perfidia más negra no hubiera sido tan peligrosa como fué su inocencia.

—Pablo—le dijo en voz baja llamándole de este modo familiar por primera vez—si algunas dificultades de intereses pudiesen separarnos, tenga usted en cuenta que le devuelvo su palabra y que le permito achacarme todo el disfavor que resultase de una ruptura.

Pronunció estas palabras con tan profunda dignidad y tan gran expresión de generosidad, que Pablo creyó en el desinterés de Natalia y en su ignorancia del hecho que su notario acababa de revelarle; estrechó la mano de la joven y la besó como hombre á quien el amor interesaba más que los bienes materiales.

—Señor conde, por Dios, vea usted que está haciendo tonterías—repuso el anciano notario aproximándose á su cliente.

Pablo permaneció pensativo; contaba tener unos cien mil francos de renta uniendo su fortuna á la de Natalia, y por muy apasionado que esté un hombre, no pasa sin emoción de cien á cuarenta y seis mil francos de renta y aceptando una mujer acostumbrada al lujo.

—Mi hija no está ya aquí—repuso la señora Evangelista que avanzó majestuosamente hacia su yerno y el notario—¿pueden ustedes decirme lo que ocurre?

—Señora, ha sobrevenido un inconveniente dilatorio...—

respondió Matías rompiendo la frialdad de la situación y asombrado ante el silencio de Pablo.

Apenas había dicho estas palabras, cuando maese Solonet salió del saloncito é interrumpió á su anciano colega con una frase que devolvió la vida á Pablo. Aplastado por el recuerdo de sus frases galantes y por su actitud enamorada, Pablo no sabía ni cómo desmentir aquéllas, ni cómo cambiar ésta; hubiera deseado que le tragase la tierra.

—Existe un medio de empazar á la señora con su hija—dijo el joven notario con desparpajo.—La señora Evangelista posee cuarenta mil francos de renta en inscripciones al cinco por ciento, cuyo capital estará bien pronto á la par, si no aumenta; de modo que podemos contarle por ochocientos mil francos. Este palacio y su jardín valen perfectamente doscientos mil francos. Admitido esto, la señora puede transportar en el contrato la propiedad de estos valores á su hija, pues no creo que las intenciones de este caballero sean dejar á su suegra sin recursos. Si la señora ha comido su fortuna, la parte que entrega de menos á su hija queda reducida á una bagatela.

—¡Qué desgraciadas somos las mujeres con no entender en negocios!—dijo la señora Evangelista.—¡Cómo! ¡qué es esto, Dios mío! ¿no me quedan más que las propiedades desnudas?

Pablo estaba en una especie de éxtasis oyendo esta transacción. El anciano notario, al ver el lazo tendido y á su cliente cogido ya por una pata, quedó petrificado diciéndose:

—¡Creo que se burlan de nosotros!

—Si la señora sigue mi consejo, aseguraré su tranquilidad—dijo el joven notario continuando.—Sacrificándose, se verá al menos libre de que los menores puedan mañana molestarla. ¿Quién puede decir quién ha de vivir y quién ha de morir mañana? El señor conde reconocerá, pues, por el contrato haber recibido la suma total correspondiente á la señorita Evangelista por la herencia de su padre.

Matías no pudo reprimir la indignación que brilló en sus ojos y que coloreó su rostro.

—Y esa suma—dijo temblando—es de...

—Según el acta, de un millón ciento cincuenta y seis mil francos...

—¿Por qué no pide usted al señor conde que haga *hic et nunc* la cesión de su fortuna á su futura esposa?—dijo Matías.

—Eso sería más franco que lo que pedís. La ruina del conde de Manerville no se llevará á cabo con mi concurso; yo me retiro.

Y dió un paso hacia la puerta, á fin de dar conocimiento á su cliente de la gravedad de las circunstancias; pero de pronto se revolvió, y, dirigiéndose á la señora Evangelista, le dijo:

—Señora, no crea usted que yo le haga solidaria de la conducta de un colega; le tengo por una mujer honrada, por una gran señora que no entiende en negocios.

—Gracias, mi querido colega—dijo Solonet.

—Ya sabe usted que entre nosotros no existe nunca injuria—le respondió Matías.—Señora, sepa usted al menos el resultado de estas estipulaciones. Usted es joven aún y bastante hermosa para volver á casarse. ¡Oh! ¡Dios mío, señora!—dijo el anciano al ver el gesto que hacía la señora Evangelista.—¿Quién puede responder de sí?

—Caballero, no crea yo—dijo la señora Evangelista—que después de haber permanecido viuda durante siete años y de haber despreciado partidos brillantes por amor á mi hija, pudiese haber nadie que me creyese capaz, á los treinta y nueve años, de semejante locura. Si no se tratase de negocios como se trata, consideraría esa hipótesis como una impertinencia.

—¿No sería más impertinente creer que no podía usted casarse nunca más?

—Querer y poder son cosas muy diferentes—dijo galantemente Solonet.

—Pues bien—dijo maese Matías,—no hablemos del casamiento de usted, que puede vivir, y nosotros lo deseamos, cuarenta y cinco años. Ahora bien, como usted ha de conservar el usufructo de la fortuna del señor Evangelista, mientras usted viva, sus hijos tendrán tiempo á perder los dientes de viejos sin que hayan percibido un céntimo.

—¿Qué quiere decir esa frase? ¿Qué significa usufructo?—preguntó la viuda.

Solonet hombre de gusto y de elegancia, empezó á reirse.

—Voy á traducírsela á usted—respondió el buen notario.

—Si sus hijos quieren ser prudentes, tienen que pensar en el porvenir. Pensar en el porvenir es economizar la mitad de las rentas, suponiendo que no tengan más que dos hijos, á los que sería preciso dar una educación brillante primero